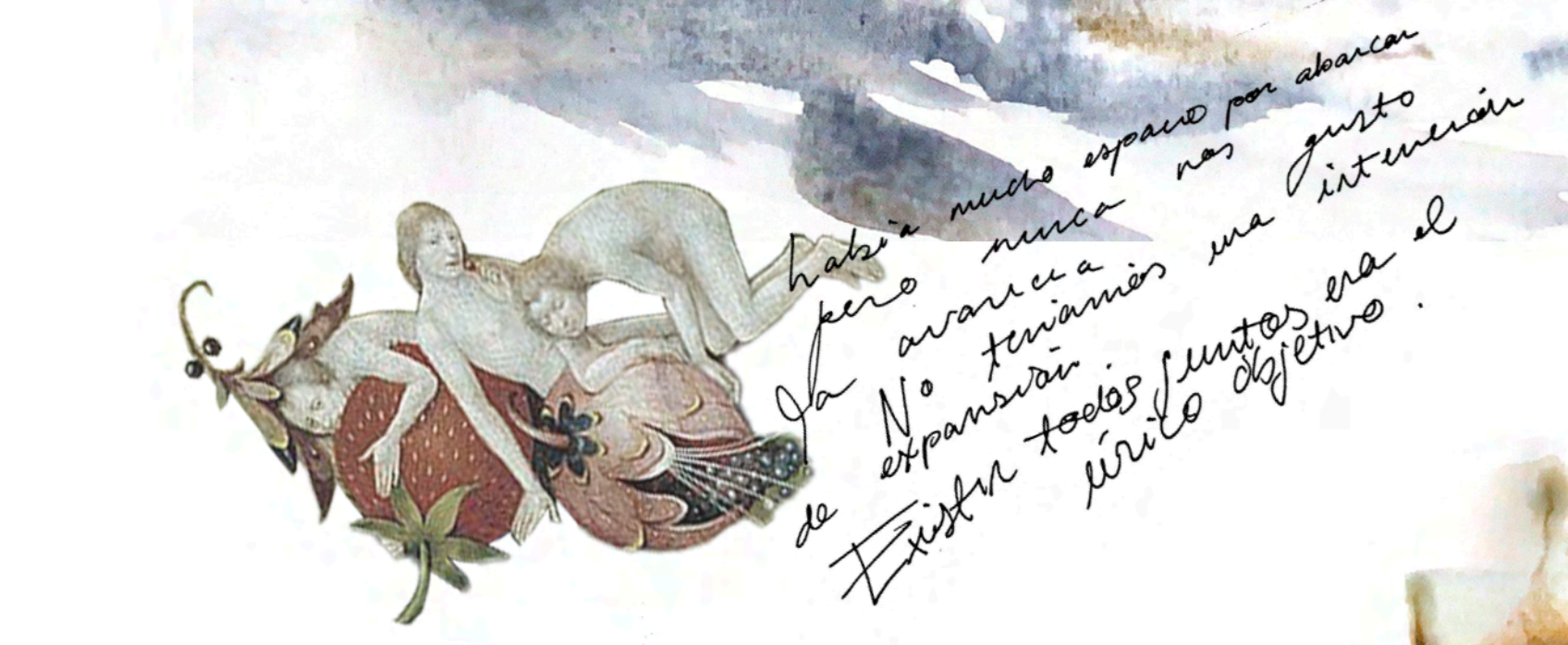
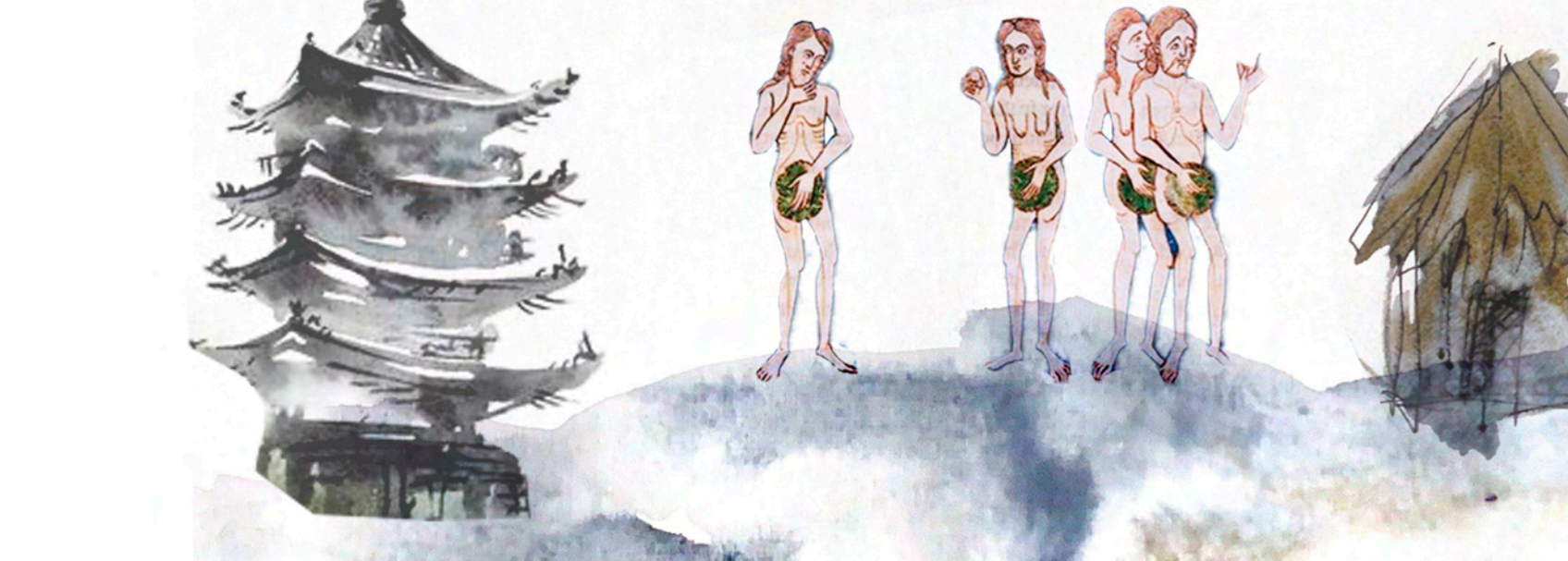


La tierra era árida y gema usando elegantes. Con los altos edificios de un lado y los otros aparatos vestidos hilera de casas al otro, el tiempo parecía haber quedado reducido a tierra de nadie.



Nada que na crecer. Nada que prosperar. Así que lo bueno nosotras.



No queremos estar en contacto con nadie. Me voy a un lugar realmente cerrado, donde la vida consiste en un profundo silencio. Que se vea y se escuche en camino.



El cielo y el límite dan estabilidad al lugar. Comienzo y final. Orden cerrado. Porque sin la fantasía del umbral solo queda el infierno de lo igual.



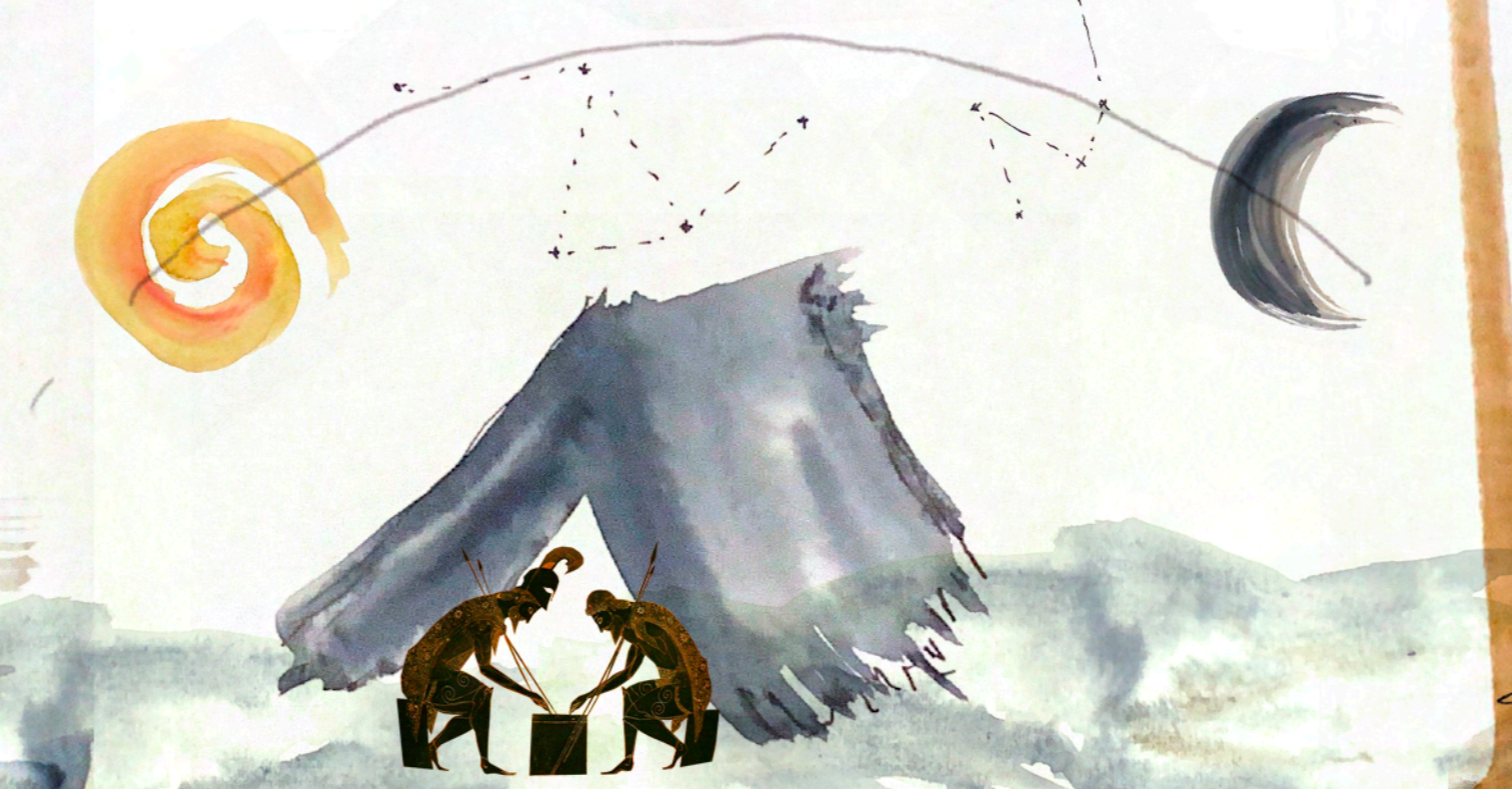
Por eso comenzamos levantando un alto muro. Creamos el umbral que define y por tanto crea.



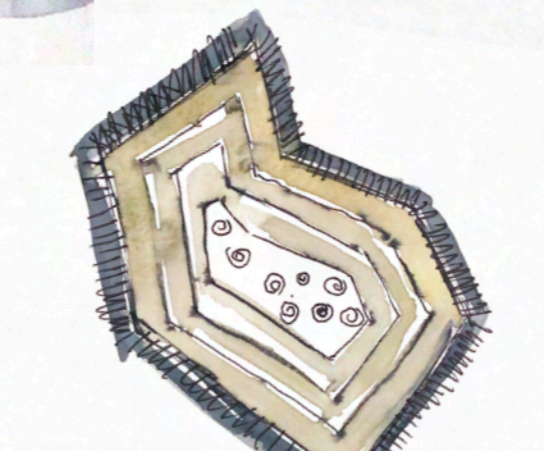
En el centro aparece un espacio que nadie osa tocar. Era de todos y por tanto de nadie, porque el rendimiento alimenta el ego y el ego destruye la comunidad.



Por eso comenzamos construyendo en el borde. Al amanecer del día siguiente de acabar el muro, colocamos el primer tablero de madera en el suelo. Trabajamos incansablemente de sol a sol, descansando por las noches en estructuras improvisadas que documentábamos al amanecer.



Todo ocurre de forma ritmada y entonada, como un cántico. Nadie manifestó su opinión. Se nació una única y gran historia.



Este ritual transfiere nuestro estar en el mundo a un estar en casa. Fue en el tiempo lo que una vivienda es en el espacio.

El último día descansamos y celebramos en aquel espacio central. Nos agarramos de las manos y se formó un silencio sepulcral.

Fue en ese silencio donde la creación se no concluida. Desde nos entregamos a la escucha silenciosa de la voz de Dios se creó Comunidad sin comunicación.



Celebramos fiestas y banquetes. La gente bailó y cantó creando un sentimiento colectivo. La vida se refirió a sí misma. Sin subordinarse a una finalidad externa.

Todos dormimos bien aquel día. Sacamos unos limpios colchones de los armarios y nos acostamos en el suelo.



Nunca abandonamos la granja. Ceramos juntos cada atardecer y nos concedimos periódicos días de fiesta. Todas las noches sacamos los colchones de los armarios.

La repetición consolidó el ritual y dio al lugar la condición de hogar.

En esa quietud, nuestro centro litúrgico se llenó de plantas. Nació las uides, pero ellos siguieron ahí, independientes de la existencia del hombre.



Crecimos que más gente imitó esto. Más gente salió de los grandes edificios y de la hilera de casas para recuperar el ritual.

